

El gentleman se despertaba sobresaltado y bajaba la vidriera del carruaje, á fin de que la lluvia y la niebla, mojándole la frente y las mejillas, le volviesen nuevamente á la realidad.

Pero Mr. Lorry abría los ojos, miraba el cielo encapotado, la oscilante luz de los faroles y la empalizada situada á lo largo de la carretera, y veía fuera del carruaje las mismas visiones que acababan de trastornar su espíritu. La casa Tollson, los negocios del día anterior, los sótanos del Banco y sus misterios, la escuela que acababa de recibir, la respuesta que había dado á Jerry: todo esto existía entre la niebla; y en medio de estas imágenes, aunque confusas, de una increíble realidad, elevábase un espectro lívido á quien volvía á preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—¡Cerca de diez y ocho años!

—¿Os alegráis de resucitar?

—No sé.

Y cavaba y cavaba y cavaba, hasta que uno de los viajeros, sumamente impacientado, le dijo con extraordinaria sequedad que subiese el cristal de la ventanilla.

Volvía á colocar su brazo en la correa, preguntábase quiénes podrían ser sus compañeros de viaje, y, de conjetura en conjetura, llegaba á imaginarse que aquellos dos pacíficos seres, entregados al sueño, eran la casa de banca y el espectro de ojos hundidos, y volvía á decir:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—Cerca de diez y ocho años.

—¿No habíais renunciado á la esperanza de volver á la vida?

—Desde hace mucho tiempo.

Aún vibraban claramente en su oído estas últimas palabras, cuando se despertó de repente y vió alejarse las sombras de la noche y aparecer el nuevo día.

Asomó la cabeza por la ventanilla y dirigió sus mira-

das hácia el sol naciente. Un surco, en que el labrador había dejado el arado, se presentó á su vista; á cierta distancia se divisaba un arbolillo, cuyas ramas conservaban aún gran número de hojas encarnadas y amarillas. La tierra estaba húmeda y fría; pero el cielo se hallaba despejado, y el sol llevaba á todas partes su brillante y fecunda luz.

—¡Diez y ocho años! murmuró Mr. Lorry, contemplando el sol. ¡Oh, divino creador del día! ¡Estar enterrado vivo durante diez y ocho años!

## CAPITULO IV.

### Preliminares.

La silla-correo llegó felizmente al lugar de su destino aquel mismo día por la tarde. Un dependiente de la fonda del Rey Gorge abrió, no sin cierto respeto, la portezuela del carruaje; porque en aquella época, venir de Londres, en invierno y en la silla-correo, pasaba por una acción heroica, y todo el mundo felicitaba al viajero que mostraba suficiente valor para tamaña empresa.

De nuestros tres personajes, sólo quedaba uno á quien cumplimentar por su audacia; los otros dos se habían apeado en el camino para dirigirse á distintos puntos.

El interior del carruaje, con su paja húmeda y cenagosa, su mal olor y su oscuridad, podía pasar por una perrera; y el que la ocupaba, al sacudirse en medio de aquella pocilga, envuelto en una manta peluda, cubierto con un gorro de orejas colgantes y lleno de barro hasta el cogote, ofrecía bastante semejanza con un enorme perro mastín.

—Mozo, preguntó Mr. Lorry, ¿no sale mañana un paquebot para Calais?



—Sí, señor; si el tiempo continúa bonancible y el viento no es contrario, la marea será favorable, y se aprovechará á las dos de la tarde. ¿Quereis que se os prepare una cama?

—Todavía no pienso acostarme; pero dadme una habitación y haced que venga un barbero.

—Luego almorzareis, ¿no es verdad? Perfectamente. Por aquí, caballero; acompañad á este caballero á la Concordia. La maleta de este caballero y agua caliente á la Concordia. Allí encontrareis una magnífica chimenea. Acompañad á este caballero y sacadle las botas. Id á buscar al barbero, y que suba á la Concordia.

La habitación llamada de la Concordia estaba destinada á los viajeros que llegaban en la silla-coreo y era la mejor que habia en la casa. Otro mozo, dos mandaderos, varias criadas y el ama iban y venian de la despensa de la cocina y del lavadero á la susodicha habitación, cuando un individuo de unos sesenta años, vestido al uso del día con un traje de paño oscuro, algo usado, pero de una esquisita limpieza, salió de la Concordia para dirigirse al comedor.

Este estaba desierto: una mesita, dispuesta indudablemente para el hombre del traje de paño oscuro, se hallaba situada cerca de la chimenea. El gentleman se acercó á ella, se sentó al lado del fuego y permaneció en una inmovilidad tan completa como si estuviese allí para que le hiciesen su retrato. Era un hombre metódico y arreglado, ó por lo ménos lo parecía; tenia las manos sobre las rodillas, y parecia escuchar atentamente el sonoro tic-tac de la gran muestra que, bajo su enorme chaleco, medía el curso del tiempo.

Sus piernas eran bien formadas, tenia el pié pequeño y enarcado, lo cual parecia lisonjearle, porque sus medias de seda, completamente nuevas y finísimas, estaban puestas con sumo cuidado y extraordinariamente ajustadas;

los zapatos guardaban perfecta relacion con las medias, y si las hebillas eran sencillas, no por eso carecian de elegancia. Su camisa, no tan esmerada ni lujosa como las medias, aparecia blanca como el ampo de la nieve. Llevaba una pequeña peluca rubia, rizada y brillante, ajustada á la cabeza con la pretension de figurar los ausentes cabellos, pero que cualquiera la hubiese creído de seda ó cristal hilado.

Bajo aquella pequeña peluca veíase un rostro generalmente impasible, iluminado por dos ojos brillantes y húmedos, que habian debido causar en otro tiempo á su propietario no pocas fatigas para adquirir la calma y la reserva exigidas por la casa Tellson. Las mejillas revelaban la frescura de la salud, y el rostro, aunque lleno de arrugas, aparecia sereno y tranquilo. Tal vez los viejos solterones, empleados de confianza de Tellson y C.<sup>o</sup>, no tenian más cuidados que los ajenos, y es muy posible que las ansiedades de segunda mano duren tanto como los trages usados.

Mr. Lorry, para completar su semejanza con un hombre á quien estuviesen retratando, se durmió de allí á poco. Despertóse cuando le sirvieron el almuerzo, y dijo al mozo, encaminándose hácia la mesa:

—Decid que hagan todos los preparativos necesarios para recibir á una joven que debe llegar esta misma noche. Preguntará por Mr. Jarvis Lorry, ó por el agente de la casa Tellson. Avisadme en seguida.

—Sí, señor; ¿el banco Tellson, de Lóndres?

—Ese mismo.

—Muy bien, caballero; tenemos muy frecuentemente el honor de servir á esos señores cuando se dirigen de París á Lóndres, y viceversa. La casa Tellson viaja mucho.

—Sí, tenemos en Francia una sucursal tan importante como nuestra casa en Inglaterra.

—Vos debéis viajar muy de tarde en tarde. Creo que no



he tenido el honor de veros tan á menudo como á los otros señores.

—Efectivamente; mi último viaje á Francia, lo efectué hará cosa de quince años.

—Yo no estaba aquí todavía, y desde esa época la fonda ha ido á parar á otras manos.

—Me lo habia figurado.

—Pero yo apostaría cualquier cosa, caballero, á que la casa Tellson era hace quince años, y aún cincuenta, tan rica como hoy.

—Podeis triplicar el número de años, decid más de siglo y medio y aún os quedareis corto.

—Ah!... Ah!...

El mozo redondeó la boca y los ojos, dió un paso hácia atrás, colocó bajo el brazo izquierdo la servilleta que tenía en la mano derecha, y cuadrándose como un recluta, miró al viajero comer y beber, como si hubiese estado en la parte superior de una atalaya ó de un observatorio.

Mr. Lorry terminó su almuerzo y fué á dar un paseo por la playa.

La ciudad de Douvres, tortuosa y pequeña, parecia huir del mar y ocultar su cabeza en la escarpada costa, como un avestruz despavorido. La bahía era una especie de desierto de olas en que las corrientes, entregadas á su capricho y sin otra mision que la de destruirlo todo, se precipitaban amenazadoras hácia la ciudad, asaltaban furiosamente la costa y dispersaban al azar los fragmentos que arrebatában á las rocas.

El aire que circulaba alrededor de las casas situadas cerca de la playa tenia un olor de marea tan pronunciado, que hubiera sido fácil suponer que los pescados enfermos iban allí á bañarse, imitando á las personas débiles que durante el verano se sumergen en el mar.

El puerto de Douvres, en que la pesca se hacia por entónces en muy pequeña escala, era por la noche un

paseo bastante concurrido, sobre todo á la hora en que subía la marea. Allí acudían pequeños negociantes que, sin tener negocios en ninguna parte, realizaban á veces inmensas fortunas, cuyo origen no podia explicarse; y cosa digna de tenerse en cuenta, ninguna persona de las que por allí vivian veia con buenos ojos á los encargados de encender los faroles.

Al declinar el dia, la atmósfera, que hasta entónces habia permitido divisar las costas de Francia, volvió á cubrirse de una espesa niebla, y los pensamientos de Mr. Lorry parecieron tambien adquirir un tinte sombrío. Verificada ya la puesta del sol, nuestro viajero, instalado en el gran salon de la fonda, esperaba la comida en la misma actitud que habia esperado el almuerzo, y durmiéndose como un bendito, se figuró estar cavando y cavando y cavando la superficie de la brillante chimenea.

Despues de la comida, una botella de excelente vino de Burdeos produjo su natural efecto, que es el de hacer olvidar las preocupaciones del dia; Mr. Lorry habia, pues, suspendido su trabajo imaginario y disfrutaba una completa tranquilidad. Hacia ya bastante tiempo que saboreaba aquella ociosidad llena de encantos, y acababa de llenar otra nueva copita de vino con toda la satisfaccion de un verdadero aficionado, cuando oyó el ruido de un carruaje que se detuvo ante la puerta de la fonda Rey-Jorge.

—¡Ella es! dijo Mr. Jarvis Lorry, dejando sobre la mesa la copa que iba á llevar á los labios.

Cinco minutos despues, un mozo anunció que miss Manette acababa de llegar de Londres y preguntaba por el gentleman de la casa Tellson.

—¡Tan pronto! exclamó éste.

La jóven miss habia comido en el camino, no queria tomar nada, y manifestaba grandes deseos de ver inmediatamente al representante de Tellson y C.<sup>o</sup>, caso de que fuera posible.



Mr. Lorry tuvo que resignarse y obedecer; vació su copa de vino, se arregló su pequeña peluca, y se dirigió en compañía del mozo á la habitacion de miss Manette.

Entró en una gran sala de aspecto lúgubre. Sobre una mesa, colocada en el centro de la habitacion, ardian dos candeleros y su luz alumbraba apénas el circuito ocupado por aquel vetusto mueble. Era difícil divisar nada en medio de aquella vaga oscuridad, y Mr. Lorry, andando á tientas, se figuró que miss Manette debía hallarse en la habitacion contigua.

Sin embargo, al llegar al sitio que ocupaban las dos bujias, vió entre la chimenea y la mesa á una jóven de unos diez y siete años, cubierta con una capa de viage, y teniendo aún en la mano el sombrero que acababa de quitarse.

Al contemplar aquel lindo y diminuto talle, aquella profusion de cabellos rubios como el oro, aquellos ojos azules y aquella frente pura, en que se leía á un mismo tiempo la sorpresa, la tímidez y la curiosidad, Mr. Lorry recordó la imágen de una niña que en otro tiempo habia tenido entre sus brazos, desde Calais á Douvres, en un dia de invierno en que el granizo caia á torrentes y la mar estaba horriblemente tempestuosa.

La imágen se desvaneció como si el aliento hubiese empañado el gran espejo colocado detrás de la jóven.

Mr. Lorry saludó en debida forma á miss Manette.

—Tened la bondad de sentaros, caballero, dijo una voz dulce y fresca con un ligero acento extranjero.

—Béseos las manos, respondió Mr. Lorry, saludando respetuosamente por segunda vez y ocupando el asiento que se le ofrecia.

—Caballero, repuso la jóven, he recibido ayer, del Banco, una carta diciéndome que hay ciertas noticias... que se ha descubierto...

—Emplead la frase que gustéis, señorita; os comprendo perfectamente.

—Se refiere á la pequeña fortuna que me ha dejado mi padre... Pobre padre, nunca le he conocido; hace ya tanto tiempo que murió...

Mr. Lorry se agitó sobre su asiento y miró al techo como si buscara alguna idea.

—Segun dice esa carta, es preciso que yo vaya á Paris, en donde hallaré un representante de la casa Tellson, que ha ido allí exclusivamente con el objeto de ocuparse del asunto que me concierne.

—Soy yo, señorita.

—Me lo figuraba, caballero.

Miss Manette le hizo un profundo saludo, como queriendo demostrarle todo el respeto que le inspiraban su edad y su experiencia.

El viajero saludó por tercera vez.

—He respondido á esos señores, que tan bondadosos se han mostrado siempre conmigo, continuó miss Manette que puesto que era necesario que yo fuese á Francia, le agradecería en el alma, yo que soy huérfana y no tengo nadie que pueda acompañarme, que hiciesen el favor de ponerme bajo la proteccion de aquel digno gentleman. El representante habia ya salido de Lóndres, pero le habia mandado un emisario para rogarle que me espere aquí.

—La mision que me habia confiado la casa Tellson me honra sobremedida, replicó Mr. Lorry; ahora me proporciona una vivísima satisfaccion.

—Mil gracias, caballero, os lo agradezco con toda mi alma... Además, se me decia en esa carta, que la persona en cuestion me comunicaria los pormenores de este asunto, y que debía hallarme dispuesta á escuchar revelaciones sumamente extraordinarias. Me he preparado lo mejor que he podido, para enterarme de esos pormenores, y deseo vivamente conocerlos.

—Lo comprendo, dijo Mr. Lorry, ya sabeis que primeramente debo...



Arreglóse otra vez la peluca, y dijo despues de una pequeña pausa:

—Es un asunto muy difícil de abordar.

Lleno de turbacion, y no sabiendo cómo entrar en materia, el gentleman clavó su mirada en el rostro de miss Manette. La frente de la jóven tenia esa expresion característica de que ántes hemos hablado, y que no por extraña dejaba de ser encantadora.

—No me sois completamente extraño, caballero, dijo miss Manette adelantando la mano como si quisiera apoderarse de una sombra fugitiva.

—¿De veras? respondió Mr. Lorry sonriendo y dirigiendo hacia ella sus dos brazos.

La expresiva linea que se dibujaba entre las cejas y el nacimiento de una delicada nariz femenina, llegó ser más profunda, y miss Manette, que hasta entónces habia permanecido de pié al lado de su sillón, se sentó profundamente pensativa.

El anciano la contempló silenciosamente, y tomando palabra tan pronto como ella se volvió hacia él:

—Creo, le dijo, que lo mejor que puedo hacer, mientras os hallemos en vuestra patria adoptiva, es hablaros como si fuérais inglesa.

—Os lo agradeceré mucho, caballero.

—Yo soy un hombre de negocios, miss Manette, y la impresion que me ha sido confiada no es ni más ni ménos que un negocio. Yo os ruego, pues, que tengais la bondad de considerarame como una simple máquina parlante, aunque eso es lo que soy en realidad. Sentado esto, voy, en vuestro permiso, á referiros la historia de uno de los miembros de nuestra casa.

—La historia de..., interrumpió miss Manette.

Mr. Lorry hizo como que no comprendia el sentido de esta interrupcion.

—Si, repuso apresuradamente, de uno de nuestros clien-

tes; así llamamos en nuestro lenguaje mercantil á las personas con quienes estamos en relaciones. Era un francés, un hombre consagrado á la ciencia, un famoso médico...

—¿Natural de Beauvais?

—Sí por cierto, como vuestro padre, y gozando, lo mismo que el doctor Manette, una inmensa reputacion en París en donde se hallaba establecido. Yo tuve el honor de conocerle en esta última ciudad; nuestras relaciones eran únicamente relaciones de negocios, pero amistosas. Yo estaba entónces agregado á nuestra casa de París...

—¿Teneis la bondad de decirme en qué época, caballero?

—Hace veinte años, miss Manette. El doctor estaba casado; habia contraído matrimonio con una inglesa, y yo que era su procurador, estaba encargado de sus negocios. Toda su fortuna, como la de otros muchos franceses, estaba en poder de la casa Tellson y C.<sup>ª</sup>, de modo que yo he sido su representante y el de otros muchos clientes. Tratábase, señorita, de simples relaciones de negocios, y que el cariño no tenia nada que ver. Ya os he dicho que yo no tengo ninguna pasion; no soy ni más ni ménos que una verdadera máquina. Aquel doctor...

—¡Pero estais relatando la historia de mi padre! exclamó miss Manette poniéndose en pié; y creo recordar, caballero, que á la muerte de mi madre, fuisteis vos quien me condujo á Lóndres; estoy casi segura de ello.

Mr. Lorry se apoderó de la mano temblorosa que buscaba la suya, y llevándola á sus labios con aire ceremonioso, hizo que la jóven ocupase nuevamente su asiento. Colocó la mano izquierda sobre el sillón de esta última, se sirvió de la mano derecha para rascarse la barbil, arreglar su peluca, y apoyar sus palabras moviendo acompasadamente el índice.

—Yo era, efectivamente, dijo mirando á miss Manette



que á su vez le contemplaba de hito en hito; ya veis que estaba en lo firme cuando os aseguraba hace un momento que soy ageno á toda pasion, y que las únicas relaciones que tengo con mis semejantes son exclusivamente relaciones de negocios; á no ser así, yo hubiera vuelto á veros desde aquella época. Aunque desde entonces habeis sido pupila de la casa Tellson, yo estaba encargado de otra clase de operaciones. ¡Ah! yo no soy bastante afortunado para poder tener pasiones: yo paso toda mi vida desenmarañando cuentas de efectos y metálico.

Despues de caracterizar de este modo el empleo de sus dias, Mr. Lorry llevó las dos manos á su cabeza para ajustarse la peluca, sin maldita la necesidad, y volvió á colocarse en la misma actitud que ántes.

—Teneis razon, señorita, prosiguió; esta historia es la de vuestro señor padre. Suponed ahora que el doctor no hubiese muerto en la época... ¡Tranquilizáos, os lo ruego! Por qué temblais de ese modo?...

Miss Manette habia cogido de la muñeca á Mr. Lorry, y la apretaba convulsivamente.

—Vamos, dijo el gentleman con voz cariñosa y retirando su mano izquierda del sillón para apartar los dedos que le oprimian fuertemente, vamos, señorita, tranquilizáos; estamos hablando de negocios. Decíamos que...

Al observar una mirada de la jóven, se detuvo desconcertado.

—Supongamos, como os decía hace poco, repuso esforzándose todo lo posible, supongamos que Mr. Manette, en vez de haber muerto, hubiese únicamente desaparecido; supongamos que haya sido imposible volver á hablarle, por más que hubiera algun indicio del espantoso lugar en que se hallaba cautivo; supongamos que haya venido por enemigo uno de esos hombres que, al otro lado del estrecho, gozan de un privilegio, tal como el de llevar alguna orden en blanco, por la cual se arroja en la

cárcel á algun desdichado que se consume allí en la desesperacion y el olvido; supongamos que la mujer de ese desdichado haya suplicado inútilmente al rey y á la reina, á los ministros, á los magistrados y al clero, para lograr algunas noticias de su marido, y la historia de vuestro señor padre será semejante en un todo á la del doctor de Beauvais.

—Por favor, caballero, continuad.

—Sí, voy á deciroslo todo. ¿Tendreis valor para escucharme?

—Todo podré soportarlo, menos la incertidumbre.

—¡Perfectamente! Ya estais más tranquila, ya os encuentro más serena (El acento de Mr. Lorry desmentia sus palabras). Aquí no se trata mas que de un simple negocio que es preciso terminar cuanto ántes. Continúo: si la mujer del doctor, vivamente apesadumbrada ántes del nacimiento...

—De su hija; proseguid, caballero.

—Precisamente. Se trata de un simple negocio, señorita, no os aflijais. Si la mujer del doctor, queriendo evitar á su hija las angustias que le hacian experimentar las torturas del cautivo, hubiese dicho á la niña, desde que ésta se halló en estado de comprenderla, que su padre habia muerto!... Pero, Dios mio, ¿por qué os arrodillais?

—Para que me digais la verdad; yo os lo suplico, caballero! Vos, que sois tan bueno...

—Señorita, estamos tratando de un simple negocio, y me confundis; ¿cómo voy á explicaros todo esto si me interrumpis de ese modo? Es preciso que conservemos todo nuestro aplomo.

Miss Manette procuró contener su agitacion.

—Muy bien, repuso el comisionado del banco, muy bien, señorita; valor! Se trata de un importante negocio. Vuestra señora madre tomó, pues, la resolucion de ocultaros el encarcelamiento del doctor; y, cuando sus penas



la llevaron al sepulcro sin haber podido obtener noticia alguna de su marido, os dejó un porvenir tranquilo y apacible que os permitió aumentar vuestra belleza, sin que vuestra juventud tuviese que sufrir la devoradora inquietud que había destrozado su corazón.

Al decir estas palabras, dirigió una tierna mirada á su linda interlocura.

—El doctor y su mujer, prosiguió, sólo tenían una mediana fortuna, y vos poseéis en el día todo cuanto fué de su pertenencia. Pero ahora no se trata de dinero ni de propiedades...

Los dedos de la jóven oprimieron con más fuerza la muñeca de Mr. Lorry. Las expresivas líneas de la frente de miss Manette revelaban un dolor y una angustia inmensos.

—Se ha averiguado su paradero, balbuceó el pobre hombre; vive aún. Está muy cambiado; muy aviejado; ya no es mas que una sombra; pero, en fin, está vivo. Un antiguo criado suyo, que habita en París, le ha alojado en su casa, y con este motivo vamos nosotros á Francia, yo para justificar su identidad, caso que sea posible reconocerle, y vos, señorita, para volverle á la vida y colmarle de cuidados y de cariño.

La jóven se puso á temblar de los piés á la cabeza.

—Yo no voy á encontrar á mi padre, dijo con apagada voz, sino un espectro.

—Vamos, señorita, exclamó Mr. Lorry dando un golpecito en las manos de su compañera; ya lo sabéis todo, ahora nada teneis que temer. Vamos á Francia, en donde nos espera vuestro padre; el tiempo está magnífico; la marea es favorable, y nuestro viaje no será largo ni difícil.

—Yo era libre y feliz, continuó miss Manette, hablando siempre como un enfermo delirante, y su sombra no se me ha aparecido nunca para echarme en cara mi alegría.

—Oid otra cosa, repuso Mr. Lorry acentuando sus palabras con objeto de distraer el ánimo de la jóven; el doctor no lleva ya su nombre. No hay que tratar de averiguar la causa; no hay que tratar de investigar si le habían olvidado en su calabozo, ó si la detencion que debía sufrir era de un tiempo determinado. Cualquiera paso que se diese acerca de este asunto, podria no solamente ser inútil, sino peligroso; es mucho más prudente no hablar de esto á nadie ni una sola palabra, y regresar inmediatamente á Londres con el antiguo preso. Yo mismo, que como inglés y como agente de una importante casa de banca estoy á cubierto de toda persecucion, creo muy conveniente no dejar traslucir nada de este asunto. No llevo ningun escrito en que se hable del particular; mis cartas de recomendacion, los documentos que deben procurarme acceso en determinados sitios y todo cuanto debo responder, está condensado en esta sola palabra: ¡Resucitado! ¡Pero no me oye! ¿Qué es lo que os sucede, miss Manette?..

La jóven yacía completamente inmóvil sobre su sillón, y al perder el conocimiento había conservado en su frente y en sus ojos la expresion de un profundo terror. Continuaba apretando con tanta fuerza el brazo del gentleman, que éste, no atreviéndose á desasirse de ella por temor de lastimarla, dió la voz de *socorro*, sin moverse de su sitio.

Una mujer toda despavorida, de cabellos rojos y encendido rostro, envuelta en una falda sumamente ceñida y con la desgredada cabeza cubierta con un sombrero que parecia una media fanega, penetró en la habitacion, arrancó al representante de Tellson de entre los crispados dedos de la jóven, y le dió tan fuerte empellon que le obligó á caer al suelo.

—Esto es un marimacho, dijo para sí Mr. Lorry al verse tratado de aquella manera.



—¿Y vosotros, qué haceis ahí? gritó aquella mujerona dirigiéndose á los criados de la fonda. ¿Por qué no vais á buscar un poco de vinagre en vez de estar ahí mirándome como si fuese algun animal raro? ¡Como soy tan hermosa podeis entreteneros en contemplarme! ¡Id á escape, traed un poco de vinagre y agua fresca!

Mientras se dirigian todos en busca de aquellos líquidos, la mujer del sombrero grotesco acostó á miss Manette sobre el canapé y se puso á cuidarla hábil y cariñosamente.

—¡Hermosa mia! ¡pichona mia! murmuraba aquella mujer con acento conmovido, desplegando orgullosamente la cabellera de la jóven. Y vos, señor mio, ¿no hubiérais podido comunicarle vuestras noticias sin necesidad de ponerla en ese estado? Ved su palidez, sus manos rígidas y sus apagados ojos. Decidme: ¿debe un banquero conducirse de semejante manera?

Mr. Lorry, no sabiendo qué contestar á esta pregunta, volvió la cabeza con aire humilde y contrito. La mujerona despidió nuevamente y con aire amenazador á los criados, logró poco á poco que la jóven volviese en sí, y, despues de decirle y hacerle mil mimos, colocó su cabeza sobre uno de sus robustos hombros.

—Creo que ya está completamente bien, murmuró Mr. Lorry.

—¡Vos teneis la culpa de todo esto, señor mio! ¡Pobre pichoncita mia!

—¿Acompañais hasta París á esta señorita? preguntó el gentleman despues de una breve pausa.

—¡Vaya! respondió la mujerona, si yo hubiese nacido para atravesar el mar, ¿creéis que la Providencia me hubiera hecho nacer en una isla?

Esta segunda pregunta, no ménos dificultosa que la primera, hizo reflexionar profundamente á Mr. Lorry, y se retiró á su habitacion.

## CAPITULO V.

## La taberna.

Un enorme tonel se habia hecho añicos en la calle al descargar el carro que lo conducia: la barrica habia ido á estrellarse contra el suelo, se habian roto los aros, y los fragmentos de la pipa yacian sobre el empedrado enfrente de la puerta de una taberna.

Todos los vecinos habian interrumpido su trabajo ó su ociosidad para personarse en el lugar de la catástrofe y beber el vino que corria por el suelo.

Los adoquines, desiguales y prominentes, como arrojados allí por la casualidad, sin otro objeto que el de lisiar á los transeuntes, habian detenido el líquido formando multitud de charcos. Un grupo de individuos, más ó ménos numeroso y empujándose mutuamente, rodeaba cada uno de estos charcos. Varios hombres, arrodillados, formaban una especie de taza con sus dos manos, sacaban el precioso líquido y lo bebian ansiosamente, rechazando á las mujeres que, inclinadas sobre sus hombros, trataban de sorber el vino ántes de que se escapase por entre las junturas de los dedos.

Otros individuos de ambos sexos sumergian en los charcos de vino unas pequeñas cazuelas desportilladas, ó los pañuelos con que se cubrian la cabeza, exprimiendo luego las madres el líquido en la boca de los niños. Estos construian apresuradamente pequeños arrecifes de barro con objeto de detener el vino que se escapaba por entre las piedras, ó bien, bajo la direccion de los curiosos que se hallaban asomados á las ventanas, corrian en todas direcciones para detener los nuevos regueros que iban formándose. Algunos de aquellos infelices se habian apo-